



Fortunato  
MALLIMACI



“

---

*...el Papa Francisco aparece así como una voz, una propuesta, una sociabilidad, una ética religiosa, una crítica interpeladora que denuncia, propone y se suma/articula a movimientos sociales de las múltiples víctimas a nivel global que apuestan a la fraternidad y la solidaridad.*

*...Pope Francis appears as a voice, a proposal, a sociability, a religious ethic, a questioning critic who denounces, proposes and joins/articulates the social movements of the multiple victims around the world who place their hopes in fraternity and solidarity.*

---

”

# PAPA FRANCISCO: DIÁLOGOS ENTRE LA CASA COMÚN Y LA FRATERNIDAD UNIVERSAL

Los grupos y movimientos religiosos tienen un particular conocimiento de las personas en el territorio local, nacional y a nivel planetario. Son privilegiadas comunidades de interpretación cultural, social, simbólica e histórica tanto sobre la vida como sobre la muerte en vastos y amplios sectores sociales. Las creencias religiosas no solo no han desaparecido, sino que se encuentran en continuo movimiento y recomposición planetaria. Tienen sus historias, memorias y caminos varios.

Y el catolicismo es un mundo así decía el principal investigador del catolicismo contemporáneo en un libro de título memorable cuyo subtítulo era *Eclesiosfera* (Poulat, 1986). Mundo con sus particularidades: es una institución, es un movimiento, es una cultura y es un imaginario dentro del cual conviven múltiples y diversos catolicismos.

Hoy esa “vieja” *ecclesiosfera* ha estallado. El viejo conflicto triangular entre liberalismo, comunismo y catolicismo (Washington, Moscú y Roma) planteado por el Vaticano perdió (¿para siempre, por un tiempo, por ahora?) uno de sus vértices. La amenaza de la esfera soviética “implosionó” y ya no quedan restos en el siglo XXI. Una nueva “esfera liberal” (neoliberal para algunos) se proclamó ganadora y hasta en un momento creyó que la historia finalizaba con ella. Al mismo tiempo el mundo islámico ocupa nuevos espacios públicos y religiosos junto a la emergencia de un gran protagonista de la nueva globalización multilateral china.

Hacia ese mundo liberal burgués se vuelven a dirigir las críticas del actual catolicismo romano y papal –en sus múltiples variantes y acentos– en una continuidad que encuentra en el *Syllabus* de 1864 un origen que perdura hasta la fecha. Hacia ese mundo islámico se intensifican los vínculos y aumentan las relaciones con China.

Ante un mundo cada vez más desplazado a la derecha en el que las demandas espirituales son significativas, hay una voz crítica que se destaca y sobresale: es la del Papa Francisco pregonando la Fraternidad Universal y la defensa de la casa común: todos y todas somos hermanos y hermanas. El actual Papa cree prioritario deslegitimar desde el mensaje cristiano a un capitalismo desregulado de “ajuste y explotación”, centralizar la dignidad de cada persona, en



# POPE FRANCIS: DIALOGUES - BETWEEN THE COMMON HOME AND UNIVERSAL FRATERNITY

Religious groups and movements have very special knowledge concerning persons in the local and national territory and elsewhere in the world. They are privileged communities of cultural, social, symbolic and historical interpretations of both life and death among vast, broad social sectors. Religious beliefs have not only not disappeared but they are continuously shifting and assuming new forms around the world. They have their histories, memories and follow various different paths.

And Catholicism is a world... thus said the leading researcher into contemporary Catholicism in a book that bears a memorable title, and whose subtitle was *Ecclesiosphere* (Poulat, 1986). A world with its special characteristics: it is an institution, a movement, a culture and an imaginary within which multiple, diverse Catholicisms coexist.

Today that “old” ecclesiosphere has been shattered. The old triangular conflict between liberalism, communism and Catholicism (Washington, Moscow and Rome) posed by the Vatican has lost (forever, for a while, for now?) one of its vertices. The threat posed by the Soviet sphere has “imploded” and not a vestige remains in the 21st century. A new “liberal sphere” (neoliberal for some) declared itself to be the winner, and at one moment even believed that history ended there. At the same time the Islamic world is now occupying new public and religious spaces along with the emergence of a strong protagonist in the new multilateral globalisation process: China.

That liberal bourgeois world is once again the target of criticisms from today’s Roman, papal Catholicism –in its multiple variants and accents– in a continuous process that originated with the 1864 Syllabus and that lives on today. China has been intensifying links and stepping up relations with that Islamic world.

At a world that has shifted ever more to the right, in which spiritual demands are significant, there is one critical voice that stands out: it is that of Pope Francis proclaiming Universal Fraternity and the defence of the common home: we are all brothers and sisters. The current Pope believes it is a priority to use the message of Christianity to discredit a deregulated

especial la “de los más pobres”, “los excluidos”, los de “las periferias existenciales” y presentar a la Iglesia Católica como parte de la solución. Propone –como sus antecesores en una continuidad que nunca debemos olvidar– el antiliberalismo y anticomunismo de la Doctrina Social de la Iglesia (DSI) y el Catecismo Universal (CU), reformados y transformados al siglo XXI con sus encíclicas *Laudato si’* (LS) en 2015 y *Fratelli tutti* (FT) en 2020.

He ahí algunas claves para comprender a Francisco. El mundo ya no es (¿alguna vez lo fue?) solo “Occidente”, el cristianismo es una más de las comunidades religiosas a nivel mundial y en el siglo XXI ese mundo cruje por arriba y por abajo donde las demandas de sentido y de espiritualidad siguen vigentes en una creciente e insostenible degradación del medio ambiente y de la casa común.

Una vez más lo afirmamos y no nos cansaremos de repetirlo: en el papado, lo político y lo espiritual no se piensan disociados, son expresión de un tipo de catolicismo que ha hegemonizado el campo católico a nivel romano y local desde fines del siglo XIX hasta hoy y que hemos llamado catolicismo integral. Catolicismo que relaciona más que separa las esferas de la vida.

Este análisis no puede dejar de lado el hecho desencadenante de una situación extraordinaria en el año 2013, como fue la renuncia de Benedicto XVI. Un acto sin precedentes que desacraliza y humaniza un cargo que se ejercía hasta la muerte y abre la posibilidad para nuevas renunciaciones. Ruptura e inauguración de nuevos tiempos que dislocan creencias ancestrales sobre la autoridad sacral del Papa y la mantención de su cargo hasta la muerte. Un Papa electo y otro emérito conviven en el Vaticano.

Desde su nombramiento ha sido activo en la escena internacional con posturas críticas y desafiantes a los poderes constituidos. Cree que desde allí debe –o puede– recuperar la credibilidad perdida por la institución católica con los escándalos financieros, las denuncias de pedofilia y los conflictos de autoridad entre sus miembros, y fortalecer otros sentidos movilizados en el corazón del mundo católico. Consagrar santos a dos papas con inquietudes bien diferentes en sus opciones como Juan XXIII y Juan Pablo II muestra su deseo de finalizar con una época de “guerras culturales” y “sospechas internas” y abrir otro de amplio movimientismo. Una propuesta global que busca más bendecir e incluir que excluir y condenar, o sea, más política pastoral y social de la misericordia masiva que un rigorismo normativo legalista para pocos virtuosos. Al mismo tiempo debemos reconocer que sobre género y sexualidad son pocos los aportes de los catolicismos en la ampliación de esos derechos, que muestra aquí también culturas de largo plazo.

En Francisco es central la crítica “al capitalismo liberal deshumanizado”, “al mercado desregulado”, “al dinero como estiércol del diablo”, “que nadie se salva solo” y para ello cita y se legitima en sus antecesores. La denuncia “al liberalismo individualista” no es nueva. Es integral y en todas las esferas. Viniendo de América Latina tiene prioridades, sensibilidades, sentidos y argumentaciones diferentes a los que lo precedieron. El reciente documento de Francisco titulado *Fratelli tutti* de octubre del 2020 sobre la fraternidad y la amistad social junto con la encíclica *Laudato si’* sobre el cuidado de la casa común de 2015 resumen su propuesta global y aparece también como un testamento de sus preocupaciones de estos últimos años.

capitalism of “adjustment and exploitation”, to centralise the dignity of every person, especially that “of the poorest”, “the excluded”, and “those on the existential peripheries”, and present the Catholic Church as part of the solution. Just as his predecessors in a continuity that we should never forget, he puts forward the anti-liberalism and anti-communism of the Social Doctrine of the Church (SDC) and Universal Catechism (UC), reformed and transformed for the 21<sup>st</sup> century in his encyclicals *Laudato si’* (LS) in 2015 and *Fratelli tutti* (FT) in 2020.

Here we have some keys to help understand Francis. The world is no longer (was it ever?) only the “West”, Christianity is one more of the world’s religious communities and in the 21<sup>st</sup> century that world is creaking above and below, where the demands for direction and spirituality are still valid amidst the worsening and unsustainable degradation of the environment and of the common home.

Once more we say, and will not tire of repeating: in the Papacy the political and the spiritual cannot be viewed separately, they are an expression of a kind of Catholicism that has hegemonised the Catholic field at the Roman and local level since the end of the nineteenth century, and that we have called integral Catholicism. Catholicism that relates rather than separates the spheres of life.

This analysis cannot ignore the triggering effect of an extraordinary occurrence in 2013: the abdication of Benedict XVI. An event without precedents that demystifies and humanises a post that was previously exercised until death, and now opens the possibility of further abdications. A break with the past and an inauguration of new times that dislocate ancestral beliefs on the sacral authority of the Pope and his continuity in the post until death. An elected Pope and an emeritus Pope now coexist in the Vatican.

Since his appointment he has been active on the international scene with positions that criticise and question the constituted powers. He believes that in such a scenario he must –or will be able to– recover the credibility lost by the Catholic institution with financial scandals, denunciations of paedophilia and conflicts of authority among its members, and strengthen other mobilising senses at the heart of the Catholic world. To canonise two popes with very different views, such as John XXIII and John Paul II, reflects a desire to end a period of “cultural wars” and “internal suspicions”, and open another of broad movementism. A global proposal that seeks to bless and include rather than exclude and condemn; in other words, one that is more pastorally and socially political on issues of mass compassion than rigorously normative and legalistic for a few virtuous ones. At the same time, we need to recognise that on gender and sexuality Catholicisms have made few contributions in extending those rights, here too reflecting long-term cultures.

Central to Francis is criticism “of dehumanised liberal capitalism”, “of the deregulated market”, “of money as the devil’s dung”; “no one is saved alone” and here he quotes and seeks legitimacy in his predecessors. Denouncing “individualistic liberalism” is nothing new. It is integral and exists in all spheres. Coming from Latin America he has different priorities, sensitivities, senses and arguments to those who went before him. Francis’ recent document entitled *Fratelli*

Se propone, ayer como hoy, desde Roma la continua construcción de una “fraternidad universal del desarrollo humano integral”, donde lo ecológico, social, político, económico, ético, sexual, moral y espiritual son parte constitutiva de lo religioso católico. Su reciente afirmación “me quieren ver muerto” muestra cuánto perturba, inquieta y disloca su accionar a grupos de poder globales que son católicos/cristianos, empresariales, financieros y mediáticos al mismo tiempo. Una cultura recorre hoy el planeta que es incapaz de reconocer que un migrante es una persona, o que una persona trabajadora tiene derechos o que las personas pobres no lo son por su “culpa” o “vagancia”, sino por estructuras y sistemas que oprimen, estigmatizan y concentran bienes y capitales económicos y simbólicos en manos de muy pocas personas.

Un poder global y nacional que no soporta tampoco que se recuerde que: “La tradición cristiana nunca reconoció como absoluto o intocable el derecho a la propiedad privada y subrayó la función social de cualquier forma de propiedad privada” dicho en LS y retomado en FT.

Es novedoso en el discurso papal la aparición de los movimientos populares como actores y constructores de nueva sociedad desde las periferias:

En ciertas visiones economicistas cerradas y monocromáticas, no parecen tener lugar, por ejemplo, los movimientos populares ( ) Aunque molesten, aunque algunos “pensadores” no sepan cómo clasificarlos, hay que tener la valentía de reconocer que sin ellos la democracia se atrofia, se convierte en un nominalismo, una formalidad, pierde representatividad, se va desencarnando porque deja afuera al pueblo en su lucha cotidiana por la dignidad, en la construcción de su destino (FT, 169).

En el campo de las relaciones internacionales, su vocero afirma que el Papa está lejos de “todos los teóricos del enfrentamiento de Civilización” y de los predicadores del “enfrentamiento final, con amargo gusto religioso, que alimenta el imaginario de yihadistas y neo cruzados”. Propone la “geopolítica vaticana de la misericordia que defiende a las personas, a los pobres y a las víctimas sin dejarse atrapar por los juegos del poder de las grandes potencias”. Y agrega:

La libertad con la que se relaciona con líderes como Obama (EE. UU.), Putin (Rusia), Raúl Castro (Cuba) o Rouhani (Irán), el deseo de reunirse con Xi Jinping (China), el reconocimiento del Estado de Palestina y el de Israel son indicios de que la Santa Sede ha establecido o quiere establecer relaciones directas y fluidas con las superpotencias, sin querer quedar atrapada en redes preconfeccionadas de alianzas e influencias” (Spadaro, 2016).

En esa línea, afirmará Francisco años más tarde en FT:

En aquel encuentro fraterno que recuerdo gozosamente, con el Gran Imán Ahmed Al-Tayeb declaramos –firmemente– que las religiones no incitan nunca a la guerra y no instan a sentimientos de odio, hostilidad, extremismo, ni invitan a la violencia o al derramamiento de sangre. Por ello quiero retomar aquí el llamamiento de paz, justicia y fraternidad que hicimos juntos.



*tutti* of October 2020 on fraternity and social friendship, together with the encyclical *Laudato si'* on care for the common home of 2015, summarise his ideas for the world and also appear as testament to his concerns of recent years.

Yesterday as today, from Rome he speaks of the continual construction of a “universal fraternity of integral human development”, in which the ecological, social, political, economic, ethical, sexual, moral and spiritual are all constituent parts of the Catholic religion. His recent affirmation “they want to see me dead” shows how much his actions disturb, worry and dislocate global power groups that are Catholic/Christians, corporate, financial and of the media at the same time. A culture is spreading around the planet today that is incapable of recognising that a migrant is a person, or that a working person has rights, or that the poor are not so for any “fault” their own, or because they are “idle”, but because of structures and systems that oppress, stigmatise and concentrate economic and symbolic goods and capital in the hands of very few persons.

A global and national power that does not tolerate being reminded that: “the Christian tradition has never recognised the right to private property as absolute or inviolable and has stressed the social purpose of all forms of private property”, he said in *LS*, and returned to in *FT*.

Novel in the papal discourse is the appearance of the Popular Movements as actors and builders of a new society from the peripheries: “In some closed and monochrome economic approaches, for example, there seems to be no place for popular movements, (...) They may be troublesome, and certain “theorists” may find it hard to classify them, yet we must find the courage to acknowledge that, without them, democracy atrophies, turns into a mere word, a formality; it loses its representative character and becomes disembodied, since it leaves out the people in their daily struggle for dignity, in the building of their future” (*FT*, 169).

In the field of international relations, his spokesperson says that the Pope is far removed from “all the theorists of the clash of Civilisations” and from the preachers of the “final confrontation, with a bitter religious taste, which feeds the imaginary of jihadists and neo-crusaders”. He proposes the “Vatican geopolitics of compassion that defends persons, the poor and the victims without letting itself be caught up in the power games of the great powers”. And he adds: “The freedom with which he relates to leaders such as Obama (USA), Putin (Russia), Raúl Castro (Cuba) or Rouhani (Iran), the desire to meet with Xi Jinping (China), and the recognition of the states of Palestine and Israel “are an indication that “the Holy See has established or wants to establish direct and fluid relations with the superpowers, without wishing to be trapped in preformulated networks of alliances and influences” (Spadaro, 2016).

In this regard, Francis will claim years later in *FT*: “In my fraternal meeting, which I gladly recall, with the Grand Imam Ahmed Al-Tayeb, “we resolutely [declared] that religions must never incite war, hateful attitudes, hostility and extremism, nor must they incite violence or the shedding of blood. For this reason I would like to reiterate here the appeal for peace, justice and fraternity that we made together”



Vivimos nuevas relaciones en un mundo postsecular con ampliación de una “geopolítica vaticana” y con un crecimiento de “diálogo internacional religioso” ahora en el espacio planetario público que habla en nombre de espiritualidades de pueblos y pobres y donde el obispo de Roma es un interlocutor privilegiado. El tiempo nos dirá hacia dónde marcha este proceso.

En fin, el papa Francisco aparece así como una voz, una propuesta, una sociabilidad, una ética religiosa, una crítica interpeladora que denuncia, propone y se suma/articula a movimientos sociales de las múltiples víctimas a nivel global que apuestan a la fraternidad y la solidaridad. Encarna una espiritualidad que disloca poderes económicos –religiosos acostumbrados más a ser legitimados que a ser cuestionados por un sagrado que se nutre en la vida de mujeres y varones pobres-. La pandemia del COVID-19 ha aumentado esas desigualdades preexistentes al mismo tiempo que ha potenciado la figura papal en un mundo donde escasean los liderazgos humanitarios globales.

We are seeing new relations in a post-secular world with the extension of “Vatican geopolitics” and growth of religious international dialogue”, now in the public planetary space, which speaks on behalf of the spiritualities of peoples and the poor, and in which the Bishop of Rome is a privileged interlocutor. Time will tell where that process is leading.

All in all, Pope Francis appears as a voice, a proposal, a sociability, a religious ethic, a questioning critic who denounces, proposes and joins/articulates the social movements of the multiple victims around the world who place their hopes in fraternity and solidarity. He embodies a spirituality that displaces economic-religious powers that are more accustomed to being legitimised than being questioned by a holy man who finds nourishment in the lives of poor men and women. The Covid-19 pandemic has provoked an increase in those pre-existing inequalities while strengthening the figure of the Pope in a world where global humanitarian leaderships are hard to find.